

## CAPÍTULO V

Conventos y santuarios; descripción general de Segovia

 ESPUÉS de contemplar detenidamente el entero acueducto, el arruinado alcázar y la catedral renacida, después de dar la vuelta á las murallas y de recorrer los barrios interiores para señalar sus numerosos templos parroquiales abiertos ó suprimidos y sus antiguas casas solariegas, parece que la ciudad no tiene ya nuevos aspectos bajo que manifestárenos, nuevas páginas artísticas é históricas que desenvolver. Sin embargo no es así; falta reseñar todavía sus iglesias conventuales y ermitas, interesantes muchas por sus recuerdos y por su estructura, algunos edificios civiles, y sobre todo las variadas perspectivas que por sus diversos lados definen y trazan la fisonomía de la población. Atendiendo á la situación de los monumentos más bien que á su edad y naturaleza, los describiremos conforme se nos presenten en nuestro dilatado

paseo para mayor variedad, sin entrar en repeticiones acerca de los ya descritos. Empezaremos por los arrabales que casi en círculo completo rodean á Segovia, formando su parte más pintoresca y no la menos rica tal vez en curiosas é insignes construcciones.

Es el valle del Eresma un foso que por los lados de poniente y norte circunvala los muros, separándolos de las áridas llanuras que casi al nivel de ellos se extienden en la opuesta orilla; de suerte que desde las azoteas de la ciudad, ocultado en la hondonada el verdor de la ribera y asomando apenas las cimas de sus álamos, no se descubren al rededor sino yermas campiñas y rasos horizontes como suelen serlo los de Castilla. En este valle parecen haberse replegado toda la arboleda, todo el caserío de la comarca, y lo esmalta á trechos una serie de notables edificios artísticamente colocados cual si fuera en un museo. Sírvele en cierto modo de portada para los que llegan de Valladolid un arco plantado en la carretera, de estilo exageradamente barroco, arrimado á las ruinas de una ermita, en cuyo exterior resaltan arquerías de ladrillo, y que con el título de San Juan de Requejada hacía veces de iglesia para la gente ocupada en los lavaderos. Déjase á la derecha un puente inmediato á la confluencia del bullicioso Clamores en el tranquilo Eresma, ángulo que domina el alcázar por su frente más estrecho como defendiendo la embocadura del valle.

El primer objeto que hacia la izquierda se descubre al pié de altos ribazos es un santuario ostentoso de fábrica moderna, unido á una espaciosa casa ú hospedería de cuatro pisos, descolando sobre el macizo grupo la cúpula y la torre y un esbelto ciprés, hasta tocar el borde de la cóncava peña que forma su dosel y que destila agua por todas partes. De ahí le viene el nombre de Fuencisla, *fons stillans*, nombre dulce y sonoro asociado por los segovianos á la antigua efigie de nuestra Señora, en quien tienen puesta su devoción y confianza. La tradición cuenta que fué hallada en las bóvedas de San Gil, donde estaba

escondida desde la primera invasión de los sarracenos (1), y que se la colocó sobre la puerta mayor de la catedral vieja contigua al alcázar. Descubríase desde el sitio que ocupa hoy su ermita y que se llamaba Peñas Grajeras, cuando se condenó á ser precipitada de ellas por adúltera á una inocente judía juzgada por los ancianos de su tribu. La triste antes de caer, flechando una angustiosa mirada á la lejana imagen, *Virgen de los cristianos, valedme!* exclamó; y una fuerza sobrenatural la sostuvo en el aire, deponiéndola en el suelo sin el menor daño. Ester se bautizó, tomando el nombre de María con el aditamento del Salto que le impuso el pueblo, y perseveró consagrada al servicio de su inmortal protectora hasta su fallecimiento en 1237 (2). Desde entonces, creciendo el entusiasmo hacia la santa figura y tomándola por patrona la ciudad, se le erigió allí una iglesia, que pareciendo después mezquina y vieja fué sustituida por la actual, cuya construcción duró de 1598 á 1613. Celebróse en setiembre de este año su inauguración con brillantísimas fiestas, en cuya relación se extiende á su placer Colmenares (3), y asistieron á ellas Felipe III y su regia corte. La traza del templo, por fuera cuadrada, describe por dentro una vasta cruz griega: su retablo es majestuoso, hecho á mediados del siglo XVII por Pedro de la Torre, vecino de Madrid; cierra el crucero una alta y magnífica reja, dorada según el letrero á *expensas del gremio de cardar y apartar*; el púlpito de hierro por sus primorosas labores y por el carácter de sus letras *Ave María* muestra pertenecer al mejor estilo gótico, por más que en él se lea que «lo dió en 1613 Juan de Monreal»; la sacristía corresponde á la

(1) Nos parecen apócrifos los documentos en que se apoya esta ocultación, como ya dijimos.

(2) No expresa Colmenares qué datos tuvo presentes así para determinar la fecha de óbito como para referir la maravillosa leyenda. Véase el epitafio de María del Salto en el claustro de la catedral.

(3) Descríbelas en el cap. XLIX de su historia, deteniéndose principalmente en las mascaradas ó procesiones de trajes, una de las cuales representaba el suceso de la judía, y otra la serie genealógica de patriarcas y reyes ascendientes de la Virgen compuesta de 550 figurantes.

esplendidez del culto. Hace veinte y cinco años apenas, que abriendo al río nuevo cauce, se le apartó de los cimientos del santuario que antes besaba siguiendo la curva del peñasco.

Al pié del mismo junto á la Fuencisla aparece el convento de Carmelitas Descalzos, donde se guarda el mayor tesoro de la orden, el cuerpo de su ínclito fundador san Juan de la Cruz. Apenas instalada por el año de 1586 en aquel sitio, que habían dejado vacante los Trinitarios, la naciente reforma del Carmelo protegida por doña Ana de Mercado y Peñalosa, viuda y testamentaria de don Juan de Guevara, vino á regir la casa su santo iniciador desde 1587 hasta 1591 en que se ausentó, muriendo en Úbeda á 14 de diciembre del propio año. Diez y seis meses después fueron devueltos á Segovia sus mortales despojos, y siguieron las vicisitudes del edificio, pasando en 1606 de la primitiva á la nueva iglesia, y en 1693 á la espaciosa capilla que luégo de beatificado se le fabricó, en cuyo altar ocupa su sepulcro el lugar preferente. La urna de mármol, labrada un siglo hace por el francés Dumandre, encierra la cabeza y el tronco del abrasado fénix, del cisne de la *Noche oscura*, cuyo místico perfume se aspira en aquel ámbito, como en Alba el de su compañera ó madre Teresa de Jesús. Allí está la devota pintura del Redentor que le habló ofreciéndole mercedes, y al cual contestó pidiéndole heroicamente *padecimientos y oprobios*; allí tantos objetos unidos á su puro cuerpo y ligados con su portentosa vida. La iglesia de que forma parte la capilla, construída á lo moderno con crucero y cúpula y adornada de labores de yeso en sus bóvedas, fué desmantelada de sus churriguerescos retablos por los soldados de Napoleón para extraer el oro que los cubría; nichos decorados con pilastras estriadas y frontón contienen en una y otra ala los entierros de la bienhechora doña Ana y de su hermano el oidor don Luís Mercado. Encima de la peña asoma la ermita adonde el santo solía retirarse, y el ciprés que la acompaña plantado de su mano parece un dedo levantado al cielo.

Poco más adelante sobre el camino de Zamarramala se alza una pequeña pero graciosa iglesia bizantina, única en la ciudad y tal vez en España por su forma, pues en ella pretendieron imitar la del santo sepulcro de Jerusalén sus fundadores, que se cree fueron los Templarios. Titúlase la *Vera Cruz* por una insignie reliquia del sagrado madero, dada por el pontífice, según afirman, para que sobre ella á fuer de estandarte juraran los caballeros al ingresar en la orden (1), y la poseyó mientras fué parroquia de aquel caserío nombrado á la sazón Miraflores, que tuvieron en encomienda los de San Juan después de extinguidos los del Temple. Aunque redonda interiormente, ofrece en lo exterior un polígono, de en medio del cual sobresale algún tanto un cimborio de doce lados correspondiente al recinto del centro: en su planta forman escrescencias los tres ábsides de costumbre, toscos y escasos de labores, y otro además á la izquierda que carece de colateral por ocupar su puesto la cuadrada torre, tan destituida de carácter que semeja ó añadida ó renovada. Sus dos portadas de medio punto no han sufrido quiebra ni reforma; hombres y aves y demonios componen los capiteles de las seis columnas repartidas á los lados de la principal, guarniciones de puntas orlan el éstrados é íntrados de sus arquivoltos, y la encuadra una línea de canchillos; la menor inmediata á la torre no consta sino de cuatro columnas, y en una de sus dovelas se lee un epitafio, relacionado tal vez con el gastadísimo relieve que se nota en la clave (2).

(1) Cítase el breve de Honorio III expedido en 15 de mayo de 1224, pero no logramos verlo ni auténtico ni copiado. La cruz, con una peana de gusto gótico afiligranado y por consiguiente posterior, se conserva en la parroquia de Zamarramala que de arrabal pasó á ser aldea, desde cuya creación en 1663 data el abandono de la Vera Cruz, salvada últimamente de la ruina por la comisión de monumentos.

(2) Damos esta inscripción, no sacada hasta el presente que sepamos y difícil de leer por su colocación, sin presumir de haberla interpretado acertadamente, especialmente en los dos vocablos que siguen al nombre propio que parece *Dion* abreviatura de Dionisio; *Hic jacet Dion. A..... obiit VII febrarii sub q. clave tenet feretrum* (También esta palabra parece abreviada). *Era MCCLXXXVII* (1240 de C). Dicha lápida es más de cuarenta años posterior á la de la dedicación de la iglesia.

Lo más singular empero de la Vera Cruz es su interior, cuyo centro ocupa un tabernáculo cerrado, al rededor del cual gira en perfecto círculo la nave, alumbrada por rudas aspilleras y marcada con medallones de rojas cruces que recuerdan á los primitivos poseedores. Sus bóvedas van á cargar como radios sobre las doce columnas de aquel pabellón de doce frentes, que en su cuerpo bajo presentan arcos y en el superior ventanas, abiertos unos y otras por los cuatro lados principales y figurados en los demás. Por los arcos, no más altos que la estatura humana, se entra al piso inferior cuya bóveda descansa sobre cuatro columnas; á la estancia de arriba se sube hacia los piés del templo por dos escaleras de quince gradas, penetrando en lo que propiamente pudiera llamarse el santuario del sepulcro del Señor. Imítalo una ara puesta en medio, formada de una losa cuadrilonga, y adornan la delantera y costados de la urna ó mesa arquitos semicirculares que se entrelazan formando ojivas sostenidos por extrañas columnitas espirales ó en zig-zag. Al rededor corre un poyo para los que allí cantaban ó rezaban; hasta siete ventanillas altas dan escasa luz al recinto y una más grande y baja que comunica hacia la capilla mayor. La bóveda se distingue por sus dobles aristas ó arcos paralelos que se cruzan. Tal es la reproducción, no seguramente puntual pero tan aproximada como se pudo, que diminuta y toscamente se ensayaría, al tenor de la relación de los peregrinos, de la basílica Jerosolimitana según se hallaba en el siglo XII durante el dominio de los cruzados; y por cierto que había ya recaído Palestina en poder de los infieles, cuando se verificó en 1208 la dedicación del templo segoviano, cuya lápida se ve sobre el arco del tabernáculo que cae enfrente de la entrada lateral (1). Los tres ábsi-

(1) La inscripción, tan clara y bien conservada como interesante, dice así:

*Hec sacra fundantes celesti sede locentur,  
Atque suberrantes in eadem consociantur.  
Dedicatio ecclie. beati sepulcri idus aprilis era MCCXLVI.*

Colmenares leyó *servi Cristi* en vez de *sepulcri* y *XLII* en vez de *XLVI* inducien-

des constituyen la cabecera de la rotonda, y en el principal ó capilla mayor hay un retablo de maltratadas pinturas que parecieran de más lejanos tiempos sin la decadencia gótica marcada en sus doseletes y sin la fecha de 1516 escrita en el pedestal (1). Del mismo género son las copiosas labores que engalanan el nicho de la capilla derecha donde se guardaba la reliquia, hecho en 1520 de orden del comendador.

Atraviésase el río por bajo del imponente alcázar siguiendo el disperso arrabal de San Marcos, cuya parroquia es la única que sobrevive á sus derruidas compañeras, San Blas, San Gil y Santiago, las cuales, á derivar su origen de la primitiva cristianidad como se supone, debieron ser tres ó cuatro veces reedificadas, y pasar ya por antiguas cuando nacían las que ahora reputamos antigüedades (2). Parte de sus solares ha invadido la carretera, parte los huertos y corrales, no sin quedar vestigios de San Blas á la extremidad del puente Castellano y memoria de las dos últimas junto al de la Casa de la Moneda. Hállase esta fábrica dentro de la misma corriente que le imprime movimiento, descollando alegremente sobre las copas de los árboles sus techos de pizarra. Unos artífices alemanes la asentaron allí en 1582 por orden de Felipe II, quien asistió á los primeros ensayos, y es probable que trazara el edificio su imprescindible arquitecto Herrera. Antes radicaba dicha oficina, que desde remota edad dió importancia á Segovia, en la parte alta de la población, en el corralillo llamado de San Sebastián junto á la puerta de San Juan al oriente; y no hizo más que reedificarla

do en error á los que le siguieron, y los que han rectificado la copia tras de *sepulcri* ponen la palabra *Cristi* que no está.

(1) No puede leerse el letrero por haber unas tablas clavadas encima, pero sus dos extremos dicen: «Este retablo se fiso de la fábrica... acabóse año de MDXVI». Bosarte, á pesar de calificar la ejecución de las pinturas de suma imbecilidad del arte, aboga por su conservación y en ellas advierte cabezas de buena simetría: lo que no encontró porque no existe, es el templario que había oído que se notaba entre dichas figuras.

(2) Véase lo dicho sobre estas parroquias pág. 541 y 542.

en 1455 Enrique IV al mandar poner sobre la puerta principal su nombre y su real escudo (1).

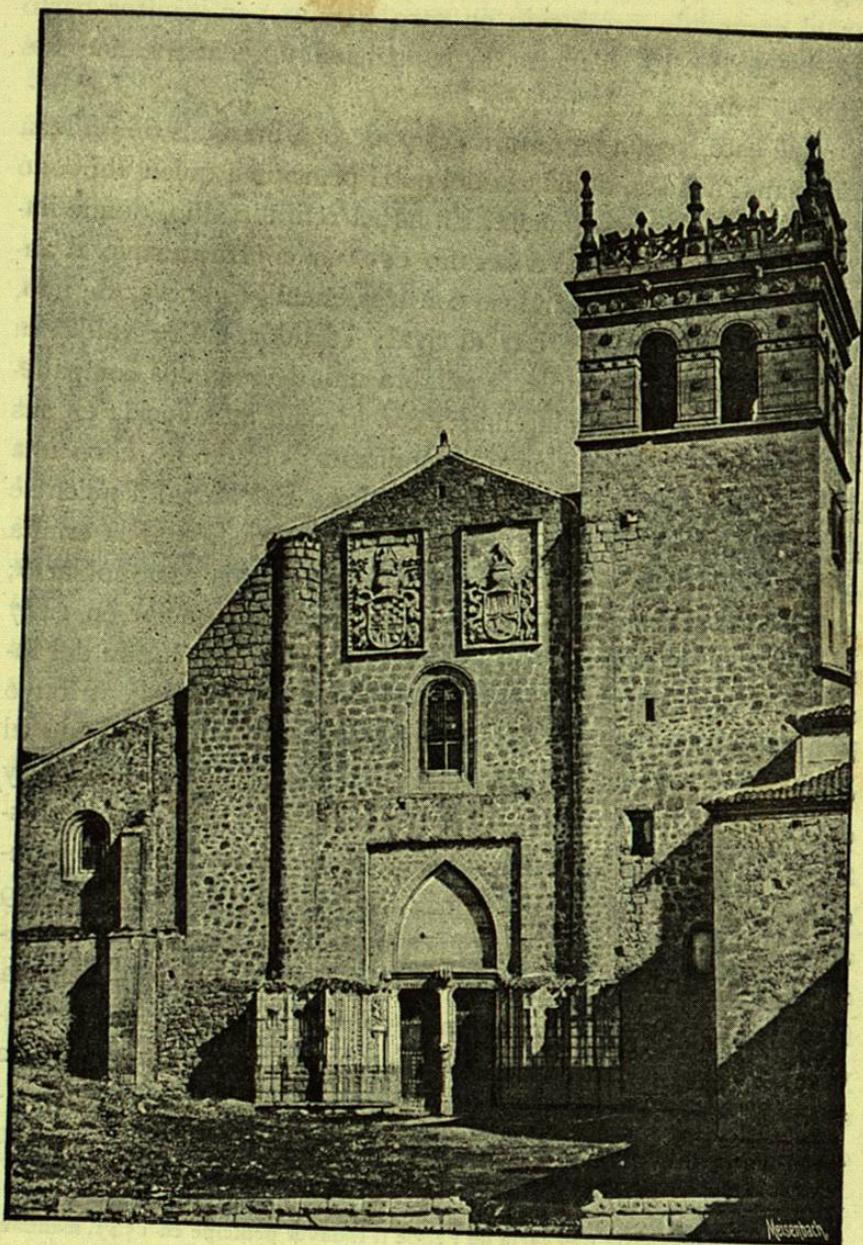
El puente de la Casa de Moneda conduce al monumento más grandioso del otro lado del Eresma, al monasterio del Parral, flotante por decirlo así sobre un ondulado mar de verdor. Á un extremo de su larga nave resaltan en armonioso grupo su ábside y crucero y rectangular cimborio; al otro sobresale la torre, mirando á todos lados por sus arcos de medio punto, coronada por aquella mezcla de góticos calados y de platerescas bichas y candeleros que tan bellamente termina varios edificios de Salamanca; á un lado avanza la cuadrada mole del convento con el colorido de un viejo caserón, sembrada irregularmente de ventanas y balcones sobre los cuales proyecta su sombra un alero de dos tablas puestas en ángulo, sencillo frontón empleado con buen efecto en muchas casas de Segovia. El breve camino intermedio era un paseo delicioso, con algunas cruces de piedra plantadas de trecho en trecho (2); ahora participa del abandono y soledad de la religiosa morada. Coadyuvando á lo ruinoso de su aspecto, la fachada del templo está por concluir y labrada en el postrer período gótico hasta la altura solamente de su ingreso de doble arco; bárbaro vandalismo ha derribado la cabeza de la Virgen arrimada al pilar divisorio y las del

(1) Trae la inscripción Colmenares, en cuyo tiempo permanecía aún dicha fábrica, sucediendo á otra muy mal parada que anteriormente hubo: «Esta casa de moneda mandó fazer el mui alto e mui esclarecido e escelso rey e señor don Enrique IV el año de nuestro Salvador Jesu Cristo de MCCCCLV años. E comenzó á labrar moneda de oro e de plata primero día de mayo.» Muchas son las ordenanzas que de este rey se encuentran en el archivo municipal sobre la labor de la moneda de oro, plata y cobre y sobre su respectivo valor, las unas dadas en Madrid en 10 de Febrero de 1471, otras de 17 de Abril y 10 de junio del mismo año expedidas en Segovia, y otras de 22 de mayo de 1473 desde el propio lugar.

(2) En una de ellas había, según se nos asegura, una curiosa redondilla, deplorable muestra del extremo casi irreverente á que pudo conducir en el siglo XVII la manía de los equívocos y retruécanos:

Cruz, remedio de mis males,  
Grande sois: pues cupo en vos  
El gran pontífice Dios  
Con cinco mil cardenales.

## SEGOVIA



FACHADA DEL MONASTERIO DEL PARRAL

ángel Gabriel y de la Anunciada que están á los lados, sin excitar el escándalo producido en otro tiempo por insultos harto más leves (1). Lo restante de la fachada no contiene sino dos grandes escudos del fundador.

Fué este, según es notorio, el poderoso marqués de Villena don Juan Pacheco, auxiliado del débil príncipe á quien subyugó ó combatió alternativamente. En aquel retirado sitio, donde había ya una ermita, salió á desaffo con un contrario suyo el audaz privado, y encontrándose con tres enemigos en vez de uno, tuvo la serenidad de gritar al rival: «traidor, no te valdrá tu villanía, que si me cumple la palabra uno de esos dos compañeros tuyos, iguales quedaremos;» con lo cual, introducida en sus contendientes la confusión y desconfianza, obtuvo de ellos una hábil victoria. La gratitud á Santa María del Parral á quien se había encomendado, le inspiró la idea de transformar la ermita en convento, escogiendo la orden de Jerónimos para poblarlo; y le ayudó de tal manera Enrique IV, todavía príncipe en 1447 en que esto ocurría, en agenciar con el cabildo la cesión del local y en allanarle la ejecución de su proyecto, que se atribuyó la fundación al mismo heredero de la corona, suponiendo que el valido no había hecho más que prestarle el nombre. Á uno y otro se la hicieron olvidar por algunos años los públicos trastornos, y pasaron los nuevos religiosos por estrecheces y penurias, hasta que entrando á reinar Enrique, se procedió en 1459 á la inauguración de la magnífica obra. Su traza general se encargó á Juan Gallego vecino de Segovia, de quien basta para formar alto concepto; pero en la construcción de la capilla mayor intervino nuevamente don Juan Pacheco, dándola en 1472 á destajo á Juan y á Bonifacio Guas de Toledo y á Pedro Polido segoviano, el primero de los cuales se hizo después famoso

(1) Publica Bosarte una carta de Felipe II todavía príncipe en 1543, mandando recibir información sobre cierto desacato cometido con una imagen de nuestra Señora que está á la puerta del monasterio del Parral, digno de muy gran castigo; pero se ignora cuál fué aquel y el resultado de la averiguación.

con trabajos aún más insignes (1). Las bóvedas no se cerraron sino hacia 1485, y en 1494 Juan de Ruesga se obligó á rehacer en cinco meses el arco del coro dándole mayor elevación (2). Por último era en 1529 cuando nuestro conocido Juan Campero puso coronamiento á la cuadrada torre (3).

Sea por la proximidad de fechas en que se erigieron, sea por ciertas tradiciones artísticas conservadas en la orden, las iglesias de Jerónimos presentan generalmente un tipo: despejada y única nave, bóvedas adornadas de crucería, estilo de la decadencia gótica y á veces de póstuma imitación. La del Parral es uno de los primeros y más grandiosos ejemplares de este tipo; el crucero ancho y de cortas alas, la capilla mayor poco profunda y de muros no paralelos sino divergentes entre sí, formando con dichos brazos un ángulo en vez de recto muy obtuso. Seis rasgadas ventanas alumbran la cabecera del templo, y realzan sus líneas y labores de gótico no muy castizo grandes estatuas de los doce apóstoles distribuídas en sus jambas; empezó á labrarlas en 1494 Sebastián de Almonacid antes de lucir su talento en los admirables retablos de las catedrales de Toledo y Sevilla, al mismo tiempo que esculpía los escudos de armas colocados encima de las ventanas Francisco Sánchez de

(1) Para Juan Guas reivindicamos antes que nadie en el tomo de *Castilla la Nueva* la gloriosa fábrica de San Juan de los Reyes, cuyo arquitecto era del todo desconocido hasta que lo publicamos en 1850, y en el mismo tomo consignamos la noticia inédita y aun ahora poco sabida de la parte muy principal que cupo á dicho maestro en las obras del palacio del duque de Infantado en Guadalajara. Allí vimos indicado un Enrique y aquí un Bonifacio, que tal vez serían hermanos suyos. Estos copiosos é interesantes datos acerca de los constructores del Parral, empezando por Juan Gallego su primer trazador, y los demás que iremos mencionando, los sacó Bosarte de un precioso libro de la fundación del monasterio, del cual consta que los tres referidos maestros de cantería se obligaron á dar acabada en tres años la capilla mayor por 400,000 maravedís.

(2) Era Ruesga segoviano, y continuó más adelante la catedral de Palencia (V. el tomo correspondiente). Contrató en 125,000 mrs. la obra del coro, cuyo arco es tan admirablemente plano, que en un diámetro de 38 piés sólo presenta cuatro y medio de curvatura.

(3) Añadiéronsele además veinte y nueve piés de altura, todo lo cual se concertó en 170,000 maravedís. Del avilés Juan Campero hemos hablado varias veces.